

GERARDO TIMOSSÍ Lic. en Economía Política. Investigador del CIEI

Crisis, deuda y ajuste: la encrucijada argentina

Sobre estos tres elementos se articulan los cambios y las políticas económicas implementados en la Argentina desde la época de la dictadura militar

## INTRODUCCIÓN

Pese a su tradicional enfoque sobre la problemática económica de América Latina, en el que tienden a enfatizarse los llamados fenómenos externos —léase crisis económica en los centros, drástico deterioro de los términos de intercambio, alza violenta de las tasas de interés reales y violenta contracción en el ingreso neto de capitales privados a la región—, la propia CEPAL no puede dejar de reconocer que “en el origen de la crisis han influido, en muchos casos, factores internos derivados de estrategias o políticas económicas desacertadas, cuya prolongada aplicación fue facilitada por la expansión acelerada del endeudamiento externo y por la permisividad financiera internacional que prevalecía durante el decenio de 1910”<sup>1</sup>

Objeto de traumáticos ensayos monetario-aperturistas desde mediados de la década pasada, la economía argentina es sin lugar a dudas uno de los escenarios clave que inspiraron tales conclusiones.

Autosuficiente en materia energética, excedentaria en alimentos, poseedora de ingentes recursos naturales, de una fuerza de trabajo calificada, y heredera de un intenso proceso industrializador que la ubicara hacia 1950 a la cabeza de América Latina, la Argentina parecía estar lista para encarar los más difíciles problemas de nuestro siglo.

¿Cómo se adentró, pues, esta economía en el actual panorama común de crisis económica e insolvencia financiera? ¿Qué procesos y políticas alimentaron en el curso de estos años los agudos desequilibrios, internos y externos? ¿Cómo se llegó a la increíble circunstancia de tener que emplear más del 50% del valor de las exportaciones del país al pago de los intereses de una deuda que se retroalimenta y crece implacablemente?

Con las limitaciones de espacio que entraña un trabajo de esta índole trataremos de dar respuesta a estas interrogantes, así como brindar algunos elementos de juicio respecto a las disyuntivas que plantea el ajuste actual.

## LAS CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA EVOLUCIÓN ECONÓMICA ENTRE 1950 Y 1975

Para caracterizar en breves palabras el proceso de acumulación capitalista en la Argentina en este largo y controvertido período, basta señalar tres elementos

---

<sup>1</sup> CEPAL. Balance preliminar de la economía latinoamericana 1983. diciembre de 1983, p. 2.

cruciales: a) una ascendente estrategia de sustitución de importaciones por producción interna, alcanzada mediante un esquema de fuerte proteccionismo vía restricciones cambiarias y altos aranceles de importación; b) creciente intervención del Estado, su poder económico medido en términos de participación en el PIB, generación de empleos, aporte a la inversión bruta fija y otros indicadores, creció sostenidamente, en forma paralela a su creciente intervención correctora del ciclo, con alternativas políticas expansivas y/o restrictivas según fuese necesario; c) progresivo aumento de la presencia del capital transnacional en la actividad industrial con posterioridad a 1955; esto es, a partir de la caída del peronismo y el agotamiento, en consecuencia, del esquema. nacionalista industrializador.

El impacto de los cambios introducidos en la estructura económica del país por ese llamado “modelo sustitutivo de importaciones”, sin ser en lo absoluto desdeñable, ha tendido, sin embargo, a forjar idílicos mitos sobre esta etapa. Aunque la economía argentina creció y se diversificó, alcanzando niveles de desarrollo superiores, se incubaron y alimentaron profundos desequilibrios y tensiones que, llegado su momento, harían aún más estructural la dependencia y el desarrollo.

La agroexportación siguió constituyendo, pese a todo, el sector generador por excelencia de las divisas, y dado que la revolución política eludió todo tipo de transformaciones agrarias que cuestionasen la base de sustentación de la poderosa oligarquía nativa, la “salud” financiera del país siguió administrada en función de los intereses de esta clase.

Durante toda la década del 50 la actividad económica mostró persistentes síntomas de agotamiento, para una tasa de crecimiento del PIB per cápita del 1% promedio anual, contra un 2,2% del promedio regional. La falta de dinamismo del proceso de acumulación capitalista es especialmente notable en el sector agropecuario, que creció tan solo a un ritmo de 1,8% anual en el período 1951-53/1959-61, mientras que el promedio regional lo hizo en un 3,7%. En la industria manufacturera se observaron ritmos de crecimiento mayores, pero igualmente por debajo de la media regional, tendiendo a acelerarse en la segunda mitad de la década como resultado de los cambios políticos internos y las modificaciones en la orientación geográfica de las corrientes de inversión extranjera directa al culminarse la reconstrucción posbélica de Europa.

Las exportaciones totales de bienes y servicios no se modificaron significativamente entre inicios y finales de la década: promediaron unos 1 00 millones de dólares a precios corrientes, mientras que las importaciones, algo incrementadas al final del decenio promediaron cerca de 1300 millones.

La inelasticidad de la oferta agropecuaria —responsable en 1955 del 93% del valor total de las exportaciones de bienes y servicios—, unida a un fuerte deterioro de los términos de intercambio, dio como resultado la reducción de 1,5% del poder de compra de las exportaciones entre 1950 y 1960, todo lo cual coadyuvó a que Argentina acumulase en la década un saldo comercial negativo de aproximadamente 1 000 millones de dólares. El déficit en cuenta corriente que sobre esta base se

conformaría, sería cubierto con los flujos de inversión extranjera directa y préstamos de carácter oficial de mediano y largo plazo. (Ver tabla no. 1).

TABLA I

ARGENTINA: TRANSACCIONES CORRIENTES DEL BALANCE DE PAGOS. 1950-59  
(Valores acumulados en millones de dólares)

Exportc. de bienes y serv.	Importc. de Bienes y serv.	saldo Comercial	Pagos netos de utilidades e intereses	Donación priv. netas	saldo en cuenta corriente
11 058,8	12 078,0	-1 019,2	-1 93,5	-59,9	-1 272,6

Fuente: CEPAL

Como resultado de estos desequilibrios en los pagos y la necesidad de financiar el desarrollo económico, comienza a tomar cuerpo una incipiente deuda externa que alcanzaría en 1960 una suma próxima a los 1 500 millones de dólares (ver tabla 2).

TABLA 2

ARGENTINA: DEUDA EXTERNA PENDIENTE

1950	1960 TOTAL	Excluidas las cant. no desembolsadas
400e	1 478,1	1 307,7

e: estimado

FUENTE: CEPAL, Estudio económico de América Latina 1970, p. 111.

En el decenio siguiente, el proceso de acumulación capitalista ganó en dinamismo, al alcanzar una tasa de crecimiento del PIB per cápita de 2,1%, aunque nuevamente por

debajo del promedio regional. El sector agropecuario logró resultados superiores a la década anterior, aproximándose al comportamiento promedio de la región: la industria manufacturera experimentó una impetuosa expansión y obtuvo ritmos de crecimiento promedio anuales de 6,2 y 5,1% en los quinquenios 1960-65 y 1965-70, respectivamente.

Durante esta década se acentúa el flujo de inversión privada extranjera, principalmente norteamericana, hasta acumular en total unos 1 900 millones de dólares en 1969, de los cuales el 65,8% correspondían a empresas y firmas norteamericanas. Como resultado de este proceso, inserto en las tendencias mundiales de internacionalización de la vida económica y el redespliegue transnacional, las filiales extranjeras llegarían, a inicios de la siguiente década, a controlar 1/3 de la producción industrial local.

A lo largo del decenio las exportaciones totales de bienes y servicios se expandieron sostenidamente, y promediaron unos 1 600 millones de dólares, al calor de un incremento tanto de su volumen físico como en general de sus precios, mientras que las importaciones promediaban unos 1 500 millones.

TABLA 3

ARGENTINA: TRANSACCIONES CORRIENTES DEL BALANCE DE PAGOS. 1960-69

(Valores acumulados en millones de dólares)

Export. de bienes Y serv	Import. de bienes y serv.	Saldo comercial	pagos netos de Utilidades y int.	Donac. priv. netas	Saldo en cuentaco rriente
--------------------------------	---------------------------------	--------------------	--	--------------------------	---------------------------------

15 324,7	14 603,7	721,0	-1025,6	-38,5	-343,1
----------	----------	-------	---------	-------	--------

FUENTE: CEPAL

No obstante el saldo favorable de sus operaciones comerciales, el período cerraría con un pequeño déficit en su balanza de pagos en cuentas, debido al peso que alcanzarían los pagos al exterior por concepto de utilidades e intereses. Al respecto, resulta interesante destacar la circunstancia de que si bien hasta la primera mitad de la década estas últimas partidas se alternaba sucesivamente, en cuanto a su mayor incidencia en los pagos externos, de ahí en adelante el pago de intereses superaría con creces a las remesas de utilidades: comenzaba por entonces a anunciarse tímidamente lo que en algunos años más habría de relevarse como un fantástico mecanismo de succión y reciclaje de excedente hacia los centros imperialistas.

Un financiamiento de estos déficits mediante la obtención de nuevos créditos externos promovería un aumento de la deuda Argentina, la que alcanzo la cifra de 2 200 millones de dólares a fines de 1968, ubicándose así, definitivamente, en el tercer lugar de importancia de todo el continente.

La contraposición de los nuevos préstamos recibidos en este período con los pagos que se realizaron por concepto del servicio de la deuda externa, evidencia ciertos cambios en la naturaleza y el contenido real de este proceso de endeudamiento externo, al sugerir el inicio de un nefasto círculo vicioso. Así, mientras que en el período 1950-59 el 66,1% de los nuevos préstamos concertados a mediano y largo plazo bastaban para atender el servicio de la deuda en la década posterior se haría necesario al 94,4% de los mismos (ver tabla 4).

TABLA 4

ARGENTINA: RELACION ENTRE LOS PRÉSTAMOS NETOS A MEDIADOS Y A LARGO PLAZO Y EL SERVICIO DE LA DEUDA EXTERNA

(Valores acumulados en millones de dólares y %)

	1950-59	1960-69
I- Préstamos Netos a mediano y largo plazo	545,4	307,3
II- Amortizaciones Netas.	235,7	2222,5
III- Intereses	125,3	676,2
IV- Servicio Deuda Externa (II+III)	361,0	2898,7
V- Relación (IV+I)	66,1	94,4

FUENTE: Elaboración propia en base a datos de CEPAL: El balance de pagos de América Latina (1960-1977), Cuadernos Estadísticos, 1979, p. 100.

Visto desde otro ángulo, el servicio de la deuda externa, que en el período de 1950 a 1959 absorbía apenas el 3,2% del valor de las exportaciones totales acumuladas, pasaba a consumir el 18,5% del valor de las mismas una década después.

Un rasgo esencial de toda esta etapa y además de importancia capital para poder comprender el ulterior fenómeno de endeudamiento sobre bases públicas y privadas, lo constituye el progresivo proceso de monopolización y desnacionalización de la economía argentina. La acumulación capitalista provocada con fuerza de ley, la configuración de importantes grupos de poder económico, que, nacidos sobre la base de la gran propiedad agraria y los incipientes núcleos industriales, venían afrontando sucesivos procesos de concentración y centralización de sus capitales e iban imbricándose en una compleja telaraña de relaciones con el capital extranjero y transnacional.

Según los datos disponibles, en 1953 existían en el sector industrial diecinueve ramas con un altísimo grado de concentración y pocas empresas, donde la participación de las firmas extranjeras en el valor de la producción era elevadísima. Así, por ejemplo, en la rama de matanza de ganado y preparación de carnes de frigoríficos, sólo ocho empresas controlaban el 98% de la producción, mientras que un 69,1% estaba bajo control extranjero; en la elaboración de levadura, cereales y polvos de hornear, sólo tres firmas absorbían el total de la producción de la rama; el 87% pertenecida al capital foráneo. Por otra parte, sólo cuatro firmas dedicadas a la elaboración de productos a partir de la utilización de minerales de plomo, estaño zinc y demás no ferrosos tenían en su poder el 90,6% del total producido; algo similar a lo que se produce en la fabricación de fósforos, la destilación de petróleo, la fabricación de lámparas y tubos eléctricos, incandescentes, fluorescentes, y de gas.<sup>2</sup>

De forma general es posible constatar la extensión de este fenómeno al núcleo más importante del aparato industrial: el sector productor de medios de producción. Sólo cuatro firmas producían camiones en 1964, correspondiendo a la Ford y a la General Motors el 70% de dicha producción. Asimismo, mientras que a inicios de la década del 60 el 65% de la producción total de tractores pertenecían a empresas de carácter nacional, a principios de 1970 la participación extranjera alcanzaba el 90%, y sólo cinco firmas monopolistas respondían por el 100 % de la producción.<sup>3</sup>

En tales condiciones, los mecanismos automáticos de regulación del sistema requirieron de instrumentos adicionales que sólo el Estado, en calidad de empresario colectivo ideal, podía proveer. El progresivo endeudamiento público se constituía en la principal herramienta del Estado burgués para corregir desproporciones, limar contradicciones y revitalizar el frágil e inestable proceso de acumulación capitalista interno, en un contexto general de postergación de las inevitables transformaciones estructurales internas. Además, este “estilo de desarrollo” transnacionalizador

---

<sup>2</sup> Centro de Investigaciones en Ciencias sociales, *El poder económico en la Argentina*, 1973, p. 36.

<sup>3</sup> Sobre este tema puede verse Gerardo Duejo, *El capital monopolista y las contradicciones secundarias en la sociedad argentina, siglo XXI*, 1973. p. 63, y Mauricio Lebedinsky, *La Argentina, el país que tenemos los cambios que necesitamos*. Ed. Cartago. Buenos Aires, 1975, p. 67.

implicaría la absorción de fuertes desequilibrios adicionales, transmitidos por los canales comerciales y los circuitos monetario--financieros internacionales, los que a su vez exigirían nuevos mecanismos de compensación artificial por la vía de los préstamos externos.

La larga onda expansiva se extendería hasta mediados de la década siguiente y alcanzaría su climax en 1974.

Un año atrás, con el retorno del justicialismo al poder, se habían comenzado a introducir ciertas modificaciones en la distribución del ingreso en favor de los sectores asalariados, lo que potenció momentáneamente la demanda solvente de la sociedad y, por consiguiente, hizo cobrar nuevos bríos al proceso de acumulación capitalista interno.

La situación cambió radicalmente en 1975. Tras el auge sobrevino la crisis, y junto a ella un verdadero caos financiero que condujo virtualmente al cese de pagos externos. El desorden de los gastos públicos, unido al colapso de sus ingresos, fomentó un descomunal déficit fiscal que, sumado a las políticas de expansión salarial y a la reacción de los diversos sectores empresariales, condujo a la economía al borde de un estado de hiperinflación. Junto a las caídas en la producción manufacturera y agropecuaria, en el sector externo se conjugó una reducción del volumen de las exportaciones, así como un deterioro de los términos de intercambio. Las importaciones, sin embargo, alcanzaron una cifra record, lo que provocó un serio desajuste en el balance de pagos. El año —y debido a esto, todo el período 1970-75— cierra con un saldo negativo en sus cuentas corrientes superior a los 1 200 millones de dólares. Nuevos créditos extranjeros, contraídos en un mercado internacional extraordinariamente líquido, compensaron estos desbalances. Se consolidaba así una deuda externa total de aproximadamente 10 000 millones de dólares en 1975.

TABLA 5

ARGENTINA: TRANSACCIONES CORRIENTES DEL BALANCE DE PAGOS.  
1970-75

(Valores acumulados en millones de dólares de cada año)

Export. de bienes y serv.	Import. de bienes Y serv.	Saldo comercial	pagos netos De utilidades e int.	donac. priv. netas	saldo En cuen corriente
18 385,3	17 633,5	751,8	-1 67,5	6,1	-1 209,6

Fuente: Elaboración propia en base a datos de CEPAL, El Balance de pagos de América Latina (1950-1977)septiembre de 1979.

Este descalabro económico crearía condiciones propicias para el resurgimiento de las añejas doctrinas liberales y el consecuente ascenso al poder político de los sectores más recalcitrantes de la derecha argentina.

### EL “MODELO” NEOLIBERAL

Los cambios en materia de política económica introducidos a raíz del golpe militar de marzo de 1976 en la Argentina constituyeron una fractura tangencial con toda la experiencia anterior. El programa económico anunciado descansaba en dos premisas básicas: a) la liberalización de la economía; b) el redimensionamiento del papel del Estado.

El razonamiento, y más que nada la retórica pública de los principales ideólogos del proyecto, seguía aproximadamente el siguiente cauce: una conciente desprotección arancelaria recrearía necesarias condiciones de competitividad interna, desplazando del mercado a las actividades y empresas ineficientes y elevando en consecuencia el nivel de productividad general de la economía. Como resultado de lo anterior, las fuertes presiones inflacionarias irían cediendo terreno, lo que sumado a una generosa y decidida política de incentivos a la inversión privada —nacional y extranjera— redundaría en la marcha progresiva y estable del proceso de desarrollo económico. Argentina disfrutaría finalmente, en toda su potencialidad, de sus históricas y genuinas ventajas comparativas.

El Estado, por su parte, volvería a ocupar la posición que legítimamente le correspondía mediante una progresiva reprivatización de empresas públicas y una reducción de sus gastos, hasta quedar definitivamente en manos del mercado la regulación automática del proceso económico

Pero tras los objetivos confesos, explicitados en documentos y arengas oficiales, había una determinación de carácter más esencial llamada a convertirse en un eje estratégico de este “nuevo modelo” de acumulación: el aumento sustancial del grado de explotación de la clase obrera. Tal objetivo sería logrado mediante una sistemática represión del movimiento sindical y el abaratamiento forzoso de la fuerza de trabajo a través de la afectación de históricas conquistas de la clase obrera argentina y una drástica reducción de su nivel de vida.

Se hacía igualmente evidente la intención de abrirle más espacio a la insaciable competencia monopolica que en sus diversas formas de manifestación, urgía una acelerada integración a los circuitos monetario-financieros internacionales, en consonancia con las tendencias más recientes del capitalismo mundial.

Con estas condiciones de fondo, en abril de 1976 la dictadura inicia la articulación de su programa económico. Dentro del conjunto de instrumentos y mecanismos puestos en marcha se destacan por su fuerte impacto en la economía argentina: a) la reforma arancelaria, acometida por etapas entre 1976 y 1980; b) la reforma financiera de 1977; y c) el manejo del tipo de cambio.

El empleo de estos instrumentos, unido al neto predominio de políticas monetarias y fiscales de sesgo restrictivo, arrojó como saldo final una enorme destrucción de



capital (téngase en cuenta, por ejemplo, que el resultado global de la actividad industrial en 1982 era apenas equivalente al de quince años atrás), un acelerado proceso de concentración y centralización en favor de los sectores monopólicos del país en estrecha relación con los intereses de la oligarquía financiera internacional y una abultadísima deuda externa, que en 1983 rondaba los 46 000 millones de dólares. La aplicación de las duras pautas ortodoxas determinó la configuración de un cuadro extraordinariamente recesivo a raíz del establecimiento de tasas de interés internas altamente positivas que penalizaban la actividad industrial. Por otra parte, la generalizada desprotección arancelaria añadió nuevos factores de índole recesiva, al socavar uno de los mecanismos básicos de protección artificial de la industria local frente a la competencia extranjera. A su vez, la reforma financiera liberó totalmente los tentáculos de la gran burguesía argentina y abrió el paso a un desenfrenado mecanismo de absorción de capitales, transferencia de plusvalía y oscuros rejuegos especulativos, con su consiguiente secuela destructiva sobre la actividad industrial del país. Por último, debe destacarse el profundo impacto de la cuestionadísima política de sobrevaluación del peso, que al arrojar a la economía en una espiral de consumo dispendioso y apátrida —con la anuencia y regocijo de la comunidad financiera internacional— terminó generando presiones insoportables sobre la ya deficitaria balanza en cuentas corrientes.

A. pesar de que la política de sobrevaluación del peso en un marco de creciente aperturismo penalizaba irremisiblemente al sector externo argentino, esta se sostuvo con tozudez hasta inicios de 1981, cuando se hizo sencillamente insostenible.

Pero hasta tanto las tensiones alcanzaran su clímax, dicha herramienta constituiría una pieza clave de la estrategia económica de la dictadura, en tanto le permitiría avanzar en sus metas estructurales de largo plazo, evitar las fugas y retiradas de capital y controlar a la vez el ritmo inflacionario interno.

La volátil presencia de grandes sumas de capital a corto plazo —fuente por excelencia de oscuros y crecientes manejos especulativos por parte de las entidades financieras atraídas por las altas tasas de interés internas y la creciente flexibilidad de los controles y regulaciones financieras nacionales— provocó finalmente la pérdida del control de la oferta monetaria por parte del Banco Central. Las futuras intervenciones de las autoridades centrales con fines expansivos, mediante operaciones en el mercado abierto, se veían sumamente restringidas en tanto que podrían provocar un catastrófico reflujo del capital a corto plazo. De esta forma se producía una mayor supeditación del mercado monetario interno a los centros financieros internacionales.

Paralelamente el Estado argentino empujaba más y más a las empresas públicas a resolver sus desbalances financieros mediante la concertación de nuevas deudas en el exterior. Este singular recurso para recortar el déficit fiscal en el corto plazo y legitimar de paso un monstruoso mecanismo de corrupción administrativa constituiría una característica inmanente a todo el período de política económica neoliberal. Así mientras que en el período 1966-1975 el crédito externo representó el

23,7% del uso total del crédito del sector público, en el período 1976-1981 la proporción aumentó al 51,6%<sup>4</sup>

Por otra parte, la intermediación financiera aprovechaba usurariamente las condiciones de permisividad financiera internacional y se enriquecía vorazmente gracias al diferencial de intereses interno y externo y la política cambiaria vigente. Esta política de tomar préstamo en el extranjero y relanzarlo en el mercado nacional se constituyó en fuente de fabulosas ganancias para ciertos sectores del capitalismo argentino. Estudios e investigaciones posteriores evaluarían en cerca de 42 000 millones de dólares las transferencias que toda la comunidad realizó al favor del sistema financiero desde la reforma de 1977 hasta la actualidad.<sup>5</sup>

Esta política de endeudamiento masivo engarzaba en una primera etapa con las condiciones y proporciones en que se venía produciendo el flujo de financiamiento externo al país. La persistencia del fenómeno inflacionario a nivel mundial determinaba la existencia de tasas de interés reales de orden negativo; la mayor participación de la banca privada internacional, si bien reducía los plazos de amortización, hacía más fácil los financiamientos y en general el acceso a los créditos, dada la ausencia de condicionamientos previos. Precisamente la privatización del crédito canalizado hacia el país constituye otras de las regularidades del proceso de endeudamiento de la Argentina.

Mientras que en 1974 aproximadamente un 60% de la deuda estaba contraída con fuentes extranjeras privadas, en 1979 la proporción ascendía a un 70% y en 1982 alcanzaba un 80%.<sup>6</sup> Esta trayectoria añadiría nuevas tensiones y puntos conflictivos al “modelo”, en tanto que iría endureciendo las condiciones de acceso al crédito externo, o en realidad las condiciones para su reembolso futuro.

Pero no sólo factores puramente económicos estimularon esta veloz e irresponsable espiral de endeudamiento.

También la compra de armas y equipos militares —fenómeno afín a la naturaleza represiva del régimen— constituyó un elemento de recargo adicional de la deuda externa pública. Aunque no se dispone de cifras oficiales al respecto, los cálculos más conservadores evalúan este tipo de importaciones en unos varios miles de millones de dólares.

La política de sobrevaluación del peso en línea con el creciente aperturismo terminó provocando un violento desequilibrio comercial que hacia 1980 modificó abruptamente la situación de las cuentas externas del país, al registrar la balanza comercial un déficit record de casi 3 200 millones de dólares. Pero si además nos detenemos a examinar en detalle la variación de la composición material de las importaciones —que en este mismo año revelaban un incremento del 140% de las

---

<sup>4</sup> Aldo Ferrer, “La calamidad monetarista: el caso argentino”, en *Los mitos de Milton Friedman*, compilación de Rosario Green, Ed. Nueva Imagen, CEESTEM, México, 1983, p. 198.

<sup>5</sup> Cfr. “La patria financiera, informe especial”, en *El periodista* no. 36, Buenos Aires, mayo de 1985, P,31.

<sup>6</sup> Según cálculos propios, realizados sobre la base de datos provenientes del FMI, *World Debt Tables*. 1983-84, p. 162.

compras de bienes de consumo, contra sólo un aumento del 26% de las importaciones de bienes de capital—, se comprende en todo su relieve el carácter de derrochador y antinacional de dicha política. Apenas en el breve laxo de tres años, el valor de las importaciones de bienes de consumo se multiplicó por 10 al pasar de 136 millones de dólares en 1977 a 1 440 millones en 1987.<sup>7</sup>

Esta dilapidación conciente de la divisa del país, que alimentaba en última instancia el consumo eminentemente suntuario e improductivo de los más encumbrados del capitalismo argentino, coadyuvaría decisivamente a un extraordinario salto de endeudamiento externo. Ya en 1980 la deuda argentina sobrepasaba la cifra de 26 000 millones de dólares.

Sin embargo, las condiciones de los mercados internacionales de capital ya no eran las mismas y de una anestesiante tapa de “indulgencia” financiera que caracterizó toda la década del 1970, se había transitado a toda velocidad a un régimen extraordinariamente restrictivo en materia monetaria. A raíz del cambio verificado en la política monetaria de los Estados Unidos a finales de 1979, las tasas de interés prevalecientes en el mercado internacional sufrirían un repentino incremento. La tasa de interés interbancaria de Londres (libor) para tres meses, que entre 1976 y 1977 no sobrepasaba un promedio del 6%, superaría el 14% en 1980 y alcanzaría un 16% en 1981.<sup>8</sup>

Al significativo encarecimiento del crédito, que en breve daría de cobrar su tributo, se le añadió además un desmoronamiento del perfil de vencimientos de la deuda, acumulándose una mayor proporción de las obligaciones en el corto plazo.

El violento desequilibrio en las cuentas externas con que cerró la década fue el incidente que a inicios de 1980, 1981 determinó finalmente el giro de la política económica. De ahí en adelante la conducción económica, agobiada por urgentes problemas de índole financiero, no cesó de insistir de forma miope en el uso de herramientas de muy corto plazo, destinadas exclusivamente a solventar el agudo desbalance en los pagos internos mediante fuertes y reiteradas devaluaciones cambiarias.

Aunque las sucesivas devaluaciones reducirían significativamente el desbalance comercial, la situación de las reservas internacionales continuaría empeorando rápidamente. Comenzaba a funcionar una viciosa dinámica financiera, resultado de un brutal aumento de los pagos por concepto de intereses y una fuerte disminución del ingreso neto de capitales. Junto al aumento de la entrada de capital a mediano y largo plazo, adquirido gracias a un nuevo salto en el nivel de endeudamiento externo, se produjo, sólo en 1981, una hemorragia espectacular de capital a corto plazo, por el monto de nada menos que de 8 400 millones de dólares. En esta nueva actitud, relacionada inobjetablemente con los cambios de política en materia cambiaria y las nuevas tendencias en los mercados internacionales de capital, se adivinaba además una creciente desconfianza respecto a la plaza financiera argentina dada la acelerada

---

<sup>7</sup> CEPAL, Estudio económico de América Latina 1980, Santiago de Chile, 1981, p. 61.

<sup>8</sup> ONU, *Statistical Pocket Book*, 1984, p. 72.

acumulación de obligaciones con el exterior y su perfil de vencimiento extraordinariamente comprometido.

Pero mientras las marchas y contramarchas de la política económica local atraían y repelían alternativamente los escurridizos e inestables flujos de capital a corto plazo, las corrientes subterráneas de capitales se movían en una sola dirección. A las tendencias de largo plazo, casi estructurales diríamos, a la fuga de capitales, se añadirían las circunstancias económicas agravantes de factura reciente. En el anteproyecto de ley de reforma financiera, confeccionado años después por el Ministerio de Economía y que circulara en enero de 1985 entre los miembros de la Comisión de Finanzas de la Cámara de Diputados, se revelaría que sólo entre 1979 y 1981 se fugaron clandestinamente del país 19 000 millones de dólares.<sup>9</sup>

Tal “propensión marginal” a la fuga, fenómeno inherente a la naturaleza de la reproducción capitalista en condiciones de subdesarrollo, no es sino la expresión de un hecho aún más esencial sobre cuya base se rige la debilidad crónica del proceso de acumulación privada en la Argentina. No se trata de una insuficiencia congénita en el proceso de creación de plusvalía, sino más bien de algo propio de la fase siguiente. Esto es, del momento en que dicho excedente se capitaliza, se convierte en capital productivo. En la Argentina, como en cualquier otra economía subdesarrolla —aun en época de bonanza económica— existe la tendencia a que buena parte de la plusvalía creada localmente se transfiera al exterior, no sólo ya por la acción del intercambio desigual, las remisiones de utilidades e intereses y otros muchos y bien conocidos mecanismos de reciclaje transnacional del excedente, sino por la propia y conciente decisión de los sectores más poderosos del capitalismo argentino, que de forma tradicional “colocan” sus ganancias en las cuentas de la banca comercial transnacional, fundamentalmente norteamericana.

Ante la urgencia de divisas y las presiones de los sectores más concentrados de la burguesía local, adictos inveterados al “consumo” de crédito externo, la dictadura pondría en marcha en los últimos años un fabuloso mecanismo de subsidio directo al gran capital. Nacía la fórmula de los préstamos con “seguro de cambio” Este mecanismo responsable de un nuevo salto en el nivel de endeudamiento, suponía en esencia que la diferencia entre la deuda pactada, traducida a pesos argentinos, en el momento de su concertación y el volumen a pagar —acrecentado por las sucesivas devaluaciones cambiarias— al término del período de gracia del préstamo sería cubierto por el Estado. Dado el alto nivel de inflación existente, tal mecanismo hacía sumamente atractiva la operación y por ende constituyó una cálida invitación a seguir captando recursos externos, ignorando la consecuencia ulteriores en términos de acumulación de obligaciones de pagos.

La persistencia de las altas tasas de interés locales, el abultamiento progresivo del nivel de endeudamiento de las empresas y firmas con el sector financiero, la apertura externa y los intermitentes pero reiterados contextos recesivos determinaron a la

---

<sup>9</sup> “La patria financiera”, cit., p. 28.

postre que la recesión se extendiera y ganara en difusión, profundidad y duración. El impacto global del programa económico, que en sus necesarias reformulaciones se venía implementando desde hacia algo más de cinco años, comenzaba a dibujarse con más nitidez. En un interesante estudio acerca del impacto de la política monetaria aperturista sobre la industria local, se revelaría que mientras que en el período 1975-1981 las actividades “más concentradas” habían reducido su producción en sólo un 5%, las “medianamente concentradas” lo habían hecho en un 15%, y las “menos concentradas” en casi un 30%. Se concluía igualmente que “en este mismo período 22 ramas industriales incrementaban su valor agregado —perteneciendo trece de estas a las actividades de mayor concentración—, mientras que 76 ramas registraban caídas en sus producciones, 44 de ellas pertenecientes a los sectores de “mediana y escasa concentración”.<sup>10</sup> En suma, que mientras los sectores pequeños y medianos del capital nacional conocían un proceso de ruina y expropiación en masa, los sectores monopolistas, representados en importantes grupos económicos de íntima articulación con la oligarquía financiera internacional, habían afianzado su liderazgo sobre el proceso de acumulación capitalista en Argentina. Se cumplía así, aunque a un gran costo social, uno de los objetivos tácitos más importantes del programa económico de la dictadura.

El proyecto neoliberal gestaba su éxito más sonado: el de propiciar un salto estratégico en la escala de acumulación de los grandes grupos económicos de la oligarquía argentina.

Una circunstancia externa agravaría repentinamente el panorama económico del país. A partir de 1981 se inauguró una nueva fase de crisis económica internacional y con ella una inesperada etapa de descenso de los precios mundiales de los productos básicos. La caída de las cotizaciones de cereales, carnes, lanas, cueros y posteriormente de oleaginosas, representaría un duro golpe para la capacidad de pago del país. Durante tres años consecutivos el valor unitario de las exportaciones argentinas sufriría reiterados descensos. En 1982, año de peor impacto de la coyuntura externa y el valor de las exportaciones totales, cayó un 17%, contra una tasa de crecimiento de 21% promedio anual para el período 1976-1981.<sup>11</sup> Al año siguiente, aunque las nuevas caídas en los precios se compensaron por los incrementos logrados en el volumen, comenzarían a manifestarse serios problemas en rubros específicos de exportación, asociados por una parte a la menor demanda proveniente de los demás países de América Latina —envueltos en angustiosos procesos de ajuste— ya la opresiva presencia, por otra, de prácticas comerciales discriminatorias y proteccionistas, empleadas por las principales potencias capitalistas desarrolladas. El caso más notable estaría constituido por las

---

<sup>10</sup> Bernardo Kisacoff. “Industrialización y monetarismo en Argentina”. en *Economía de América Latina*, CIDE, México, segundo semestre de 1984, p. 72.

<sup>11</sup> CEPAL. *Estudio económico de América Latina*, 1982, Santiago de Chile. 1983, p. 111.

exportaciones de carne, que sólo en tres años se verían prácticamente reducidas a la mitad debido a la política de subsidios de la CEE. La relación de término de intercambio se deterioraría en 12,6% para la Argentina en 1981 y 1984.<sup>12</sup>

A finales de 1982 la situación financiera del país se había tornado crítica; el colapso del programa neoliberal era palpable e inevitable: la mágica forma del endeudamiento había llegado a término. Entre 1978 y la fecha, la deuda externa privada había crecido a una tasa de 38% promedio anual mientras que la deuda pública lo había hecho a un 36%. Paradójicamente la actividad industrial acusaba los resultados más bajos en relación a los últimos treinta años de quehacer económico.

Con estas condiciones de fondo y el creciente desprestigio político de la dictadura, resultante de la derrota militar en el conflicto de las Malvinas, se abriría una nueva etapa para el país, caracterizada por dos hechos determinantes: a) el inicio de difíciles y angustiosos procesos de renegociación de la deuda; y b) el diseño de una controvertida política de ajuste en el marco de una apertura democrática.

Ya en su etapa final la dictadura añadiría una prueba más —increíblemente legitimada por acciones posteriores similares del régimen democrático actual— de manejo discrecional del sistema financiero en función de los intereses de la gran burguesía argentina y la oligarquía financiera internacional.<sup>13</sup> Alrededor de 11 000 millones de la deuda privada fueron asumidos directamente por el Estado, que emitió y colocó obligaciones entre los acreedores por tres y cinco años, en lo que constituye un evidente mecanismo de subsidio al gran capital. Según el ya citado anteproyecto de ley de Reforma Financiera, este mecanismo “socializador” implicó un costo para toda la sociedad de 7 400 millones de dólares, en tanto que dichos deudores privados apenas pagaron el 30% de las deudas totales contraídas con el exterior.<sup>14</sup>

El nuevo gobierno constitucional que asumiría el poder político en los últimos meses de 1983 heredaría además los muy poco tentadores resultados de la llamada “Primera Ronda de Renegociaciones”. El saldo de este primer intento fue más que negativo: algunos nuevos créditos para pagar atrasos, ausencia total de rescalonamiento alguno y un deterioro significativo de las condiciones del endeudamiento por los fuertes recargos en las tasas de intereses y el cobro de comisiones.

Tras la paralización del proceso de refinanciación de la deuda de las empresas públicas por dificultades de orden legal y político, y el incumplimiento del programa de ajuste acordado con el FMI a principios de 1983, en octubre se produjo una virtual suspensión de los pagos externos. Se abría así, en medio de fuertes tensiones y grandes expectativas, una nueva y decisiva etapa para la sociedad argentina.

---

<sup>12</sup> CEPAL. Balance preliminar de la economía latinoamericana en 1984. diciembre de 1984, cuadro no. 8.

<sup>13</sup> En julio de 1985 el gobierno de Alfonsín decide cubrir con títulos oficiales o del Banco Central todos los compromisos financieros privados de deuda externa que vencían antes del 31 de diciembre de ese año, lo que constituyó una virtual estatización de los mismos y una renuncia implícita a su declarado propósito de diferenciar la deuda legítima de la ilegítima.

<sup>14</sup> “La Patria Financiera”, cit., p. 29.

## LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA Y EL AJUSTE

Los primeros meses de gestión del nuevo gobierno se caracterizaron por una natural postergación de las inminentes medidas de corte recesivo, ante el ya habitual respeto inicial de los compromisos sociales adquiridos en la campaña presidencial. La reactivación económica, en marcha desde el año anterior, no intentaría ser abortada sino hasta bien avanzado el año 1984, momento en que las variables de la inflación y los pagos externos alcanzarían un punto crítico. Sólo hasta fines de 1983 se habían acumulado atrasos por unos 3 200 millones de dólares y ya el nivel de inflación andaba por una tasa superior al 400%. En diciembre de 1984 los precios al consumidor se habrían incrementado en un 685% respecto al período anterior.

En junio de ese año las nuevas autoridades comenzaron a cambiar las reglas del juego y hacían estrenar un primer ensayo de ajuste. Este proyecto inicial de austeridad insistía en las tradicionales fórmulas de reducción del déficit público, aumento de la presión fiscal, privatización de empresas, etcétera, pero todavía arrastraba el lastre del pacto social: admitida ajustes salariales que compensaban mes a mes el deterioro de la capacidad adquisitiva de la clase obrera.

Por otra parte, los discursos iniciales que postulaban principios de soberanía, desarrollo económico y compromiso social frente a las obligaciones financieras externas con la banca comercial internacional fueron moderando su tono y endulzando su contenido. En septiembre de 1984 el gobierno hacía público un memorándum de entendimiento con el FMI a partir del cual el país recibiría un préstamo emergente por 1 400 millones de dólares.

Tras este “positivo” cambio de conducta, en diciembre de 1984 la banca privada comercial accedería a refinanciar aproximadamente un 28% de la deuda externa total de Argentina, suma que incluía los vencimientos comprendidos entre 1982-1985 y además se comprometía a desembolsar 4 500 millones de dólares en créditos frescos durante el próximo año. Los términos de la renegociación no admitían, sin embargo, ningún tipo de eufemismo: en todos los sentidos las condiciones de reembolsos planteadas para la Argentina resultaban excesivamente gravosas.<sup>15</sup>

Como por otra parte la coyuntura internacional había comenzado a rebasar la fase crítica anterior, las exportaciones tuvieron una evolución favorable y se alcanzó un importante superávit comercial superior a los 4 400 millones de dólares. Esta circunstancia determinó que a pesar de todo se lograsen tirar al extranjero unos 5 400 millones de dólares por concepto de utilidades e intereses de la deuda, lo que representó sin dudas la posibilidad, al menos momentánea, de rescatar un tanto la deteriorada imagen de la Argentina ante sus acreedores internacionales.

Las tensiones financieras inmediatas seguirán cediendo terreno con el acuerdo de rescalonamiento de 2 100 millones de dólares de la deuda argentina con el Club de

---

<sup>15</sup> Tanto por el plazo de amortización como por las sobretasas y las comisiones cobradas, las condiciones pactadas resultaban más duras que para otros países como México y Venezuela. Véase El balance preliminar de la economía latinoamericana en 1984, CEPAL, diciembre de 1984, cuadro no. 16.

Paris, logrado en enero de 1985, que incluía tanto los atrasos del período 1982-1984 como los vencimientos propios de 1985. Con este acuerdo el gobierno de Alfonsín daba un paso más en su evidente estrategia dilatoria, encaminada a diferir en el tiempo la búsqueda de opciones definitivas a los problemas esenciales de una sociedad agotada por los continuos ejercicios recesivos, que se derivan invariablemente de la naturaleza excluyente y anárquica de ese sistema económico, así como de su inserción dependiente en un injusto orden económico internacional.

La insuficiencia del ajuste en marcha fue rápidamente detectada por el FMI. En marzo de este año el organismo financiero decide suspender —y junto a él, naturalmente, toda la banca comercial transnacional— los acuerdos establecidos a fines del año anterior.

La sorda y débil resistencia de la Argentina comenzaba a movilizar a la maquinaria imperialista, que decidida a quebrar hasta el último reducto de oposición, montaba un verdadero cerco financiero alrededor del país.

El espejismo inicial se esfumaba y en su lugar la perentoria realidad imponía sus signos concluyentes: el país se mostraba incapaz de pagar por sí solo los propios intereses de la deuda externa. A principios de junio los atrasos por este concepto rondaban los 1 500 millones de dólares.<sup>16</sup>

Por esta misma fecha vencía precisamente el ultimátum planteado por los círculos financieros del imperialismo; el Comité de Bancos Acreedores se reuniría para decidir la eventual clasificación de la Argentina como país substandard.

Las presiones económicas y políticas surtieron efecto: el gobierno optaba por plegar definitivamente sus banderas y por adoptar, abonando todos los 108 compromisos sociales, las brutales fórmulas exportadas por Washington y el FMI. Tres días después del anuncio de un nuevo entendimiento con el Fondo, se daba a conocer el “Plan Austral”. Este segundo proyecto de ajuste, único en su tipo en aquel momento en el contexto latinoamericano, constituyó una verdadera camisa de fuerza para la economía argentina y se empeñó en un tratamiento “shock antiinflacionario”. Además del uso de medidas ortodoxas tradicionales como la congelación de salarios, la reducción del déficit público, el estilo a la inversión extranjera, el aumento de la expresión fiscal y la restricción monetaria y crediticia, dicho plan recurre a otros variados instrumentos que, en rigor, no suelen plantearse por la teoría clásica liberal, y que van desde la congelación de precios y tarifas públicas hasta la reducción de las tasas de interés locales. Adicionalmente, con un contenido más político que económico, este plan de reciente factura introduce nuevos signos monetarios: el austral, el que se fija en una paridad de 0,80 por dólar y en una equivalencia de 1 por 1 000 respecto al peso argentino anterior.

Un mes después, en consonancia con las pautas recesivas instrumentadas, el nuevo presupuesto nacional anunciaba una reducción de la inversión pública en un 10,5% y un aumento de la presión tributaria en un 15% y una reducción de los gastos en personal del sector público en un 12%.

---

<sup>16</sup> New York Times, 10 de junio de 1985, p. 50.



Al aspecto “saludable y enérgico” de este nuevo intento de ajuste conquistó nuevamente los favores de la banca transnacional y el FMI. A finales del mes de agosto se volverían a formalizar los acuerdos interrumpidos.

Los resultados alcanzados durante el segundo semestre de 1985 en materia de control de la inflación fueron efectivamente espectaculares, al reducirse el crecimiento de los precios mayoristas a cerca de 1% promedio mensual entre agosto y diciembre, después de haber alcanzado promedios superiores al 30% entre abril y junio de ese año (ver tabla 6) pero el costo de este “milagro” puso rápidamente en evidencia sus graves limitaciones conceptuales y prácticas: se consolidó un brutal cuadro recesivo que arrojó como saldo una caída del 4,4% del PIB al cierre de 1985, dándose así inicio a un nuevo período de fuertes tensiones sociales y creciente movilización popular.

En una keynesiana búsqueda por encontrar mecanismos adicionales de regulación que permitan al Estado ganar fuerza y rescatar independencia en la conducción monetaria y financiera del país, a fines de septiembre de 1985 el gobierno sancionaba la Ley de Ahorro Forzoso y otra que eliminaba en secreto bancario y bursátil. Aunque naturalmente ambas generaron resistencia en los sectores empresariales y financieros, no pasaron de ser mas que tibias reformas que intentan sustituir las opciones definitivas: una reforma impositiva progresiva y radical y la nacionalización del comercio exterior y el sistema bancario y financiero argentino.

Los créditos frescos y el rescalonamiento de una porción de la deuda, aprobados por el FMI y la banca comercial privada a cambio de la docilidad política del gobierno argentino, resolvieron la brecha externa de 1985; lo que, sumado a la delicada situación política resultante del cuadro recesivo institucionalizado por la Administración, sentó las bases para ir flexibilizando ese verdadero “chaleco de hierro” que intentaba mantener artificialmente estable a la variable de los precios internos en la economía.

El gobierno intentó entonces iniciar una segunda fase del Plan Austral: la de “crecimiento con estabilidad”.

A tales efectos, la política monetaria y fiscal se volvió notoriamente menos restrictiva en los primeros trimestres de 1986, se flexibilizó el congelamiento de precios e incluso se admitieron ciertos aumentos salariales renegociables trimestralmente dentro de bandas o márgenes fijados por el gobierno.

Este lógico y circunstancial “cambio” de actitud de las autoridades económicas permitió un breve respiro al país, que pudo exhibir un crecimiento del Producto Bruto Industrial del 8,4% en el primer semestre 1986 respecto a igual período del año anterior.<sup>17</sup>

Pero no solo esta reanimación no se extendió al sector agropecuario —donde los resultados fueron por el contrario desastrosos, dada la combinación de factores climatológicos y precios internacionales poco estimulantes— sino que además se

---

<sup>17</sup> CEPAL. Panorama económico de América Latina 1986, septiembre de 1986

anuncia sumamente frágil, ante una vital restricción externa que crónicamente se plantea el recorte de las disponibilidades de divisas.

Así, mientras que por una parte los factores asociados al problema de la deuda externa se movían en términos relativamente favorables para las reservas internacionales del país, toda vez que en el curso de 1986 se producía una disminución de las tasas de interés internacionales —lo que CEPAL ha estimado supone un ahorro de algo más de 800 millones de dólares en el caso de Argentina— y la banca privada acreedora concedía al gobierno una prórroga hasta fines de este año de unos 4 000 millones de dólares de vencimientos de deuda pública y privada, los resultados derivados de la actividad de comercio exterior fueron mermando las disponibilidades de divisas.

La recuperación momentánea de la industria, reflejada en un aumento del 7% de las importaciones en el primer semestre de 1986 respecto al mismo período del año anterior, se conjugo con una caída del 21% en el valor de las exportaciones, provocada principalmente por la reducción de los precios internacionales de los cereales y la disminución de los saldos exportables de productos agropecuarios.<sup>18</sup> De esta forma, el superávit comercial se redujo en algo más del 40% entre junio de 1986 y julio del año anterior, lo que vuelve a situar al gobierno en una difícil situación financiera externa, condicionando el pronto retorno a un nuevo marco de austeridad, restricciones y ajustes.

Este desenlace es tanto más seguro en virtud de que el gobierno se apresta afirmar nuevos compromisos con el FMI y la banca acreedora, en su desesperada búsqueda por la renovación de un oxígeno financiero, que ya ha demostrado con creces no sólo resultar caro e ingrato para los argentinos, sino también extraordinariamente insuficiente.

Una vez más la apuesta unilateral a la expansión de la capacidad exportadora del país evidencia sus graves limitaciones. Se pasa por alto, en primer lugar, que con solo expandir las exportaciones —sea por esfuerzo propio o coyunturas de precios y/o mercados favorables— no se logra extender automáticamente de forma equitativa y armónica los beneficios que de aquí se derivan sobre todo el sistema económico. En condiciones de abultado endeudamiento y de asfixia financiera, los frutos de este esfuerzo tienden a acentuar aún más la desigual distribución del ingreso, y en última instancia se transfieren al exterior por la vía del pago de intereses, amortizaciones y fugas de capital.

El énfasis en una variante exclusivamente exportadora, sin reactivación industrial —fuente de tensiones financieras internas y externas en condiciones de cualquier economía subdesarrollada y dependiente— condena al país a ritmos de crecimiento muy lentos y a un desempleo crónico, a la larga insoportable para el sistema, dada la escasa interrelación de las actividades primarias con el resto de la economía. Es decir, que no solo apenas funciona el presumible efecto multiplicador sobre el resto

---

<sup>18</sup> *Ibídem*.

de las ramas y actividades productivas, sino que su papel en la generación de empleo, y por ende de ingresos, es insignificante. A partir de las conocidas características socioeconómicas del agro argentino —baja densidad demográfica, altos rendimientos y predominio de formas de explotación capitalista del suelo— la actividad de exportación ligada al perfil agropecuario genera un escaso por ciento del empleo total.

Por otra parte, ante la ausencia de medidas de fondo potencien el nivel de competitividad real de las exportaciones de manufacturas, vía cambio tecnológico, y la introducción, sin incrementar la dependencia externa, del progreso científico, esta estrategia exportadora descansa invariablemente sobre recurrentes devaluaciones, que por un lado se traducen en un aumento de la especulación contra la moneda nacional y la consiguiente fuga de divisas y, por otro, se cruzan invariablemente con los objetivos antinflacionarios declarados. Luego; el mecanismo por excelencia de promoción de exportaciones genera a su vez nuevos puntos de conflicto que en breve lo hacen insostenible.

Por último, esta opción encuentra su mayor inconveniente práctico en las tendencias actuales de las relaciones comerciales internacionales que tipifican al actual orden económico mundial.

La agudización general de las contradicciones interimperialistas, la crisis de fondo del sistema y el deterioro estructural de ciertos sectores industriales específicos, urgidos de una importante reconversión tecnológica, han inaugurado finalmente una etapa de creciente y feroz proteccionismo, matizada por la proliferación de medidas restrictivas de tipo cuantitativo e instrumentos comerciales ofensivos, tales como los subsidios, el *dumping* y otros. Esta nueva realidad, que llega al punto de cuestionar hasta los magros beneficios que se derivaron para el mundo subdesarrollado del redespliegue industrial transnacional, en el caso específico de Argentina penaliza gravemente a sectores tan importantes como la industria siderúrgica, la automotriz y la textil.

Ante esta evidente circunstancia la conducción económica se empeña en promover la exportación de energéticos como alternativa comercial no tradicional, para lo que insiste en la trillada fórmula de la participación del capital extranjero. Las ventajas de esta opción no sólo parecen diluirse en el corto plazo ante las tendencias bajistas de los precios internacionales del petróleo, sino —lo que es peor aún— se revertirían a la larga en una consolidación, dado el mecanismo privilegiado del fenómeno de la dependencia externa

La economía argentina parece moverse —de la mano del FMI ciclo recesivo a otro donde lo sorprendente, paradójicamente, son los momentos de expansión. El Plan Austral, hoy evidentemente agotado como mecanismo para eliminar la inflación,<sup>19</sup> esta siendo modificado con el empleo de los instrumentos tradicionales de la

---

<sup>19</sup> Ya desde el mes de julio de 1986 la inflación había vuelto a repuntar peligrosamente. En agosto el índice de precios mayoristas creció en más de un 9%.

ortodoxia monetarista: restricción monetaria, austeridad fiscal y devaluaciones, contención del crédito, etc., aunque sin abandonar totalmente algunos de sus llamados componentes “heterodoxos”, como lo es en particular la utilización del sistema de precios controlados.

Pero en esta aparente sucesión errática de políticas económicas de muy corto plazo, que pretenden mantener —sin mucho éxito en realidad— alguna combinación posible de estabilidad económica, crecimiento y liquidez externa, subyace además una cierta propuesta de largo plazo que intenta plasmar un nuevo proyecto estratégico de la burguesía argentina.

La presencia latente de este nuevo proyecto, que definiríamos en esencia como un “neodesarrollismo transnacionalizado”,<sup>20</sup> y que privilegia a aquellos sectores del capitalismo en Argentina que pueden incorporar su capacidad de acumulación al cumplimiento de las obligaciones internacionales pactadas, comienza a palparse en ciertos proyectos de leyes en el Congreso, de profundo impacto sobre las líneas de la política económica en marcha, tales como: a) el relativo a la capitalización de la deuda externa, que comprende la licitación pública de un cupo mensual de capitalización de la deuda del Estado, b) la “ley de entidades financieras”, que pone el acento en las fusiones de estas instituciones a partir de regulaciones respecto al capital mínimo y los encajes. c) la “ley de normalización de activos”, más conocida por “ley de blanqueo”, que pretende legalizar a todos los activos financieros de residentes argentinos que se encuentren en el exterior, independientemente de la forma en que fueron originalmente obtenidos y trasladados fuera de las fronteras del país, d) el régimen acelerado de privatización de las empresas estatales, que persigue trasladar a manos privadas a aquellas empresas que resultan de interés de este último y que, además, por la madurez alcanzada de su capacidad de acumulación ya están efectivamente en condiciones de absolver.

Este nuevo proyecto no coincide exactamente con el modelo neoliberal precedente, pero sin dudas apunta a cierta convergencia del desarrollismo con algunos postulados del enfoque anterior. Se trataría —desde una legitimidad burguesa constitucional— de redefinir un tanto la participación del Estado en la vida económica, así como de reasignar los reasignar en la sociedad conforme a criterios más apegados a las reglas dictadas por las fuerzas del mercado a nivel internacional, todo lo que a su vez presupone un grado mayor de apertura externa y de integración regional.

Es en este contexto que se inscribe precisamente el reciente acuerdo bilateral de integración entre Brasil y Argentina, única vía además por la que el capitalismo en el área podría dar pasos ulteriores a la sustitución de importaciones y revitalizar el imperioso proceso de cambio tecnológico.

---

<sup>20</sup> Esta hipótesis aparece más desarrollada en una ponencia del autor: “Algunas reflexiones sobre los proyectos estratégicos de desarrollo en América Latina desde la posguerra hasta la actualidad” presentada en el Primer Encuentro de Jóvenes Investigadores CIEI-CIEM. La Habana. 22-23 de diciembre de 1986.

**TABLA 6****TASAS DE INFLACION MENSUALES  
1985-1986  
(en%)**

	Índice de precios Mayoristas (Nivel General)	Índice de precios Minoristas (el consumidor)
1985		
Ene.	21,2	25,1
Feb.	17,8	20,7
Mar.	27,7	26,5
Abr.	31,5	29,5
May.	31,2	25,1
Jun.	42,4	30,1
Jul.	-0,9	6,2
Ago.	1,5	3,1
Sep.	0,6	2,0
Oct.	0,7	1,9
Nov.	0,7	2,4
Dic.	1,0	3,2
1986		
Ene.	0,0	3,0
Feb.	0,8	1,7
Mar.	1,4	4,6
Abr.	3,0	4,7
May.	2,7	4,0
Jun.	4,6	4,5
Jul.	5,1	6,8
Ago.	9,4	8,8

FUENTE: CEPAL: *Panorama económico de América Latina* 1986, septiembre de 1986, p. 20 y ADEBA, Boletín ADEBA, año 12, 4to. Bimestre de 1986.

## TABLA 6

### TASAS

### DE

### INFLACION

### MENSUALES

1985-1986

(en %)

Indice de precios

Indice de precios

mayoristas

minoristas

(Hivel

general)

(el consumidor)

1985 Ene. 21,2 25,1 Feb. 17,8 20,7 Mar. 27,7 26,5 Abr. 31,5 29,5 May. 31,2 25,1  
Jun. 42,4 30,1 Jul. -0,9 6,2 Ago. 1,5 3,1 Sep. 0,6 2,0 Oct. 0,7 1,9 Nov. 0,7 2,4 Die.  
1,0 3,2